

Inauguración del Obelisco de Buenos Aires – 23 de mayo de 1936

Adrián Gorelik

Como ocurrió con otros monumentos (la torre Eiffel, por caso), el Obelisco estuvo inicialmente rodeado de controversias pero llegó a convertirse en el emblema más representativo de Buenos Aires. Su forma replica la de los antiguos obeliscos egipcios: aunque estos cumplían funciones religiosas (dispuestos de a pares en la entrada de los templos, los atributos astronómicos de su punta piramidal se ligaban al sol, divinidad mayor en Egipto), pasaron a ser monumentos cívicos desde que, durante el dominio romano, comenzaron a ser llevados a Roma para erigirlos en espacios públicos con fines conmemorativos, proceso que se reiteró en tiempos modernos en varias capitales europeas. Hay que aclarar que mientras los obeliscos originales eran de una sola pieza de piedra, el de Buenos Aires se hizo en hormigón armado.

La decisión de su erección puede calificarse de opaca y repentina. Lo primero, porque se tomó en la cúspide del poder ejecutivo municipal y se dispuso por decreto, a espaldas del debate legislativo. Lo segundo, porque se ideó como colofón imprevisto para la intersección de un conjunto de obras públicas que estaban en marcha o ya proyectadas: el ensanche de la calle Corrientes, la culminación de la apertura de la Diagonal Norte y la apertura de las cinco primeras manzanas de la avenida 9 de Julio, cruce que se replicaba en el subsuelo, con la construcción de las líneas C y B de subterráneos que combinan allí. Pero, sobre todo, la erección del Obelisco se produce en el contexto de una operación simbólica mayor: la celebración del cuarto centenario de la primera fundación de Buenos Aires como broche consagradorio de la intendencia de Mariano de Vedia y Mitre. Para ver el rol que cumple el Obelisco en esa operación debemos dar un pequeño rodeo.

De Vedia y Mitre fue un miembro de la élite liberal modernizadora, sobrino nieto de Bartolomé Mitre y amigo íntimo del general Agustín P. Justo, a quien había acompañado en la campaña electoral que lo llevó a la presidencia en 1932; era también un miembro de la élite intelectual: abogado y jurista, profesor universitario, historiador. Justo lo designa intendente de Buenos Aires (cabe recordar que hasta la reforma constitucional de 1995 no va a haber elección directa de los intendentes) poco después del comienzo de su mandato (en noviembre de 1932) y permanece hasta el final (febrero de 1938): fueron más de cinco años y la larga duración de su gestión, no muy habitual en ese puesto, explica en parte su capacidad transformadora. Como se sabe, el gobierno de Justo también se caracterizó a nivel nacional por una gran capacidad transformadora, aunque estuvo lastrado políticamente por la práctica sistemática del fraude electoral. En la Capital Federal el proceso fue diferente: si bien la abstención inicial del radicalismo lastimó la legitimidad de los primeros comicios, no se aplicó el fraude y fueron años en que De Vedia tuvo que gobernar con un Concejo Deliberante opositor, que oscilaba entre mayorías socialistas y radicales (por supuesto, como todos los intendentes previos a la autonomía, se las ingeniaba para prescindir en todo lo posible del Concejo, como bien muestra su decreto para construir el Obelisco, emitido en febrero de 1936 durante el receso estival, y las principales polémicas que produjo tuvieron que ver con ese aspecto discrecional de su erección, que llevó a sectores de la oposición en el Concejo a pedir varias veces su dem

olición).

Ahora bien, con reflejo de historiador, De Vedia tuvo la sagacidad de colocar sus obras modernizadoras en línea con las del intendente paradigmático de la transformación de Buenos Aires en ciudad Capital, Torcuato de Alvear (1880-1887). En verdad, De Vedia organizó retrospectivamente el conglomerado de reformas de Alvear en un “proyecto” que Alvear nunca

había formulado como tal, y por medio de ese artificio interpretativo, no sólo le dio un linaje prestigioso a su propio conglomerado de reformas, sino que le atribuyó un significado superior, colocándolo como la culminación de un ciclo. Para ello, De Vedia se propuso –y logró con gran eficacia– terminar una serie de iniciativas pendientes, no todas de la época de Alvear, sino algunas anteriores y muchas otras posteriores a ella, como el ensanche de las avenidas desde el río hasta Callao (el ensanche desde Callao hacia el oeste lo había decidido Rivadavia), la finalización de las diagonales norte y sur que habían estado varios años detenidas, el inicio de la 9 de julio, la finalización de la avenida Costanera, el completamiento de la red de subterráneos, la rectificación del Riachuelo reemplazando todos los puentes antiguos, el entubamiento del arroyo Maldonado y el completamiento de la infraestructura de servicios y del trazado de las calles en toda la extensión de la capital.



Ensanche de la calle Corrientes, con el obelisco en construcción al fondo, abril de 1936 (autor desconocido), Colección Dirección de Paseos, Museo de la Ciudad.



Construcción de la avenida 9 de julio, 1937 (autor desconocido), Colección Dirección de Paseos, Museo de la Ciudad.

La realización de tal cantidad de obras en tan poco tiempo le permitió a De Vedia recuperar una *épica de la modernización* que también se había vivido en tiempo de Alvear: esos momentos en que la transformación de la ciudad sintoniza con las expectativas sociales y se convierte en un espectáculo continuado de demoliciones y construcciones ante los ojos azorados de sus habitantes –una dinámica del imaginario urbano moderno muy evidente en las aguafuertes de Roberto Art, que se mostraba fascinado por lo que veía como una marcha febril del progreso que daba vuelta la ciudad como un guante después de años de parálisis y frustraciones. De Vedia era muy consciente de ese imaginario y lo capitalizaba convirtiendo las inauguraciones, que a veces se sucedían en pocos días, en actos públicos de relevancia política (a todas asistía el presidente Justo y a una de ellas fue acompañado por el presidente de Brasil, Getulio Vargas) y arraigo popular (con bailes y espectáculos callejeros).

Pero este aspecto de modernización fáustica es solo un rasgo de lo que me gusta llamar la “operación” De Vedia, mucho más compleja. Hay que pensar que en la década de 1920 el dinamismo social, político y cultural de la ciudad se había desplazado del viejo centro hacia los nuevos barrios populares que habían surgido en su torno; digamos, el anillo que va de Palermo a Parque Patricios pasando por Villa Crespo y Almagro. Un buen ejemplo de ello es la importancia ganada por el fútbol y el tango –productos característicos de ese suburbio popular en las primeras décadas del siglo– en la creación de una nueva identidad de Buenos Aires, bien lejos de las aspiraciones y las representaciones del establishment que se identificaba con el centro de la ciudad. Si tenemos en cuenta este desplazamiento, entonces, quizás la empresa de mayor trascendencia de la intendencia de De Vedia y Mitre fue la refundación simbólica del centro. Y eso lo logró inaugurando no tanto obras nuevas, como un pasado para la ciudad. Parte de esta operación historicista ya estaba presente en la resignificación de la obra de Alvear como “antecedente” de la suya, pero su núcleo más profundo se realizó con la celebración del cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires.

Hay un dato clave que muestra el carácter constructivista, político-ideológico, de esta celebración: el paso de Pedro de Mendoza por estas tierras en 1536 no había creado una ciudad, sino instalado una suerte de campamento efímero, sobre cuyas características, por añadidura, se carecía –y se carece aún– de toda fuente fidedigna: por empezar, no se tiene certidumbre ni de la fecha ni del lugar del asentamiento. A pesar de eso, De Vedia y Mitre creó una comisión de historiadores presidida por Ricardo Levene y Emilio Ravignani, fundadores de la Nueva Escuela Histórica a la que también se afiliaba De Vedia, para que dictaminara en tiempo récord la fecha y el lugar: se decidió que debió haber ocurrido el 2 de febrero y sobre la meseta, en el actual parque Lezama. No hay que olvidar que la Nueva Escuela Histórica había irrumpido en la escena historiográfica con un aporte casi excluyente: la defensa programática del trabajo histórico sobre fuentes documentales, llegando a postular un documentalismo extremo que, sin embargo, no hubo problema en dejar de lado ante este encargo. Este carácter político y no historiográfico de la decisión revela la voluntad prohispanista que la subtendía: la “fundación” en la meseta demostraba mayor sabiduría de los colonizadores que si el asentamiento se hubiera realizado en el bajo inundable del Riachuelo, tal cual se suponía hasta entonces (como se ve, por ejemplo, en el libro de Groussac, *Mendoza y Garay*, de 1916).

La reconciliación con el pasado hispánico era un tema muy vivo desde la primera década del siglo, especialmente en torno de la celebración del Centenario en 1910 y con particular énfasis en relación a los temores del establishment por los efectos sociales y culturales del “aluvión inmigratorio”. Pero lejos de ser convocada para esa empresa, la ciudad se veía como parte principal del problema: una babel de lenguas y caras exóticas, cosmópolis disolvente por sus

aspiraciones puramente materialistas, que debía ser reconducida hacia ideales más nobles. Con esta nueva celebración, por primera vez Buenos Aires era integrada ella misma a la tarea, proponiendo una articulación audaz entre tradición y modernidad. El Obelisco nos lo recuerda bien en las inscripciones de sus caras. Tres de ellas conmemoran la primera y la segunda fundación de la ciudad, en 1536 y 1580, y su conversión en Capital Federal, en 1880, punto de partida de su actualidad pujante. Pero la tercera cara tiene una función más: junto a la cuarta, plantean otra reconciliación, la de la ciudad con el país, ya que la cuarta conmemora el primer izamiento en Buenos Aires de la bandera argentina en 1812. Cuatro fechas, 1536, 1580, 1812 y 1880, que desde 1936 se articulaban como un linaje propio, porteño, argentino e hispánico. Desde el mismo epicentro de la transformación que se estaba llevando a cabo, allí donde la ciudad “despanzurrada” –el término es de Arlt– mostraba con mayor claridad su vocación modernizadora, se lanzaba el llamado a una religación con el pasado colonial.

Y allí juega su papel el Obelisco: su geometría esencial y despojada busca dialogar, a través de la flamante Diagonal Norte, de fachadas uniformes y también despojadas, con la Pirámide de Mayo, una conexión mencionada por varios comentaristas entonces y materializada en una de las más logradas fotografías de Horacio Coppola, el fotógrafo de vanguardia a quien, en 1936, como parte de la celebración del cuarto centenario, se le encargó el álbum de Buenos Aires.



Horacio Cópola, Plaza de Mayo, 1936. Fotografía publicada en el álbum de Coppola, *Buenos Aires 1936*, Buenos Aires, MCBA, 1936. Se ve bien el vínculo buscado entre la Pirámide de Mayo y el Obelisco a través de la Diagonal Norte, un vínculo forzado por la perspectiva aérea, en realidad, ya que el eje de la Diagonal no conecta ambos monumentos.

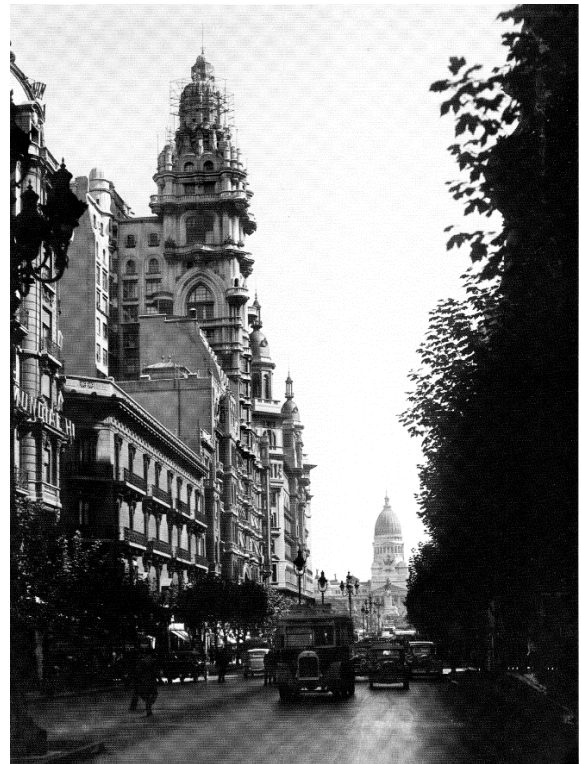
Pero el Obelisco juega aún otro papel, más reservado pero no menos esencial para los autores de la propuesta: para que la refundación simbólica del centro fuese plena, el hispanismo se completaba con su dimensión más espiritual, el catolicismo. Dos años antes se había realizado en la ciudad con gran pompa y repercusión el Congreso Eucarístico, señalando la “abdicación” de la élite porteña, tradicionalmente liberal, al catolicismo, en los términos de Tulio Halperin. ¿Cómo no iba a estar presente en el cuarto centenario si lo que se buscaba recuperar era ese

momento originario? Si se releen los textos de muchas de las actividades organizadas desde el municipio –conferencias radiales, libros–, sobresalen en ellos las invocaciones al linaje español como medio para reencontrar la filiación cristiana: aquello que puede darle un sentido trascendente a la Buenos Aires cosmopolita –“la urbe populosa y su diabólica balumba”, como la describió condenatoriamente Levene en su conferencia en el ciclo radial organizado para el cuarto centenario– es la religión, fundamento de la herencia española con que se habría fecundado la ciudad en 1536.

De todos modos, debe hacerse una aclaración, ya que toda la operación cultural llevada adelante por De Vedia se caracteriza por un convincente ecumenismo: el arco de posiciones intelectuales que reunió en las actividades por el cuarto centenario abarcó desde miembros de la liberal revista *Sur*, Victoria Ocampo y Borges, entre otros, hasta comunistas y socialistas como Leónidas Barleta, José Gabriel o Roberto Giusti. Aún así, la dominante católica es clara, a través de la presencia múltiple de figuras como Ignacio Anzoátegui, Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal, Samuel Medrano. Una dominante tras la que es sencillo reconocer una pieza clave del gobierno de De Vedia y Mitre: el secretario de Hacienda Atilio dell’Oro Maíni, refinado intelectual, destacado en los grupos modernizadores del catolicismo, fundador de los Cursos de Cultura Católica y de la revista *Criterio* que en los años 1920 había buscado una alianza entre religión y vanguardias artísticas.

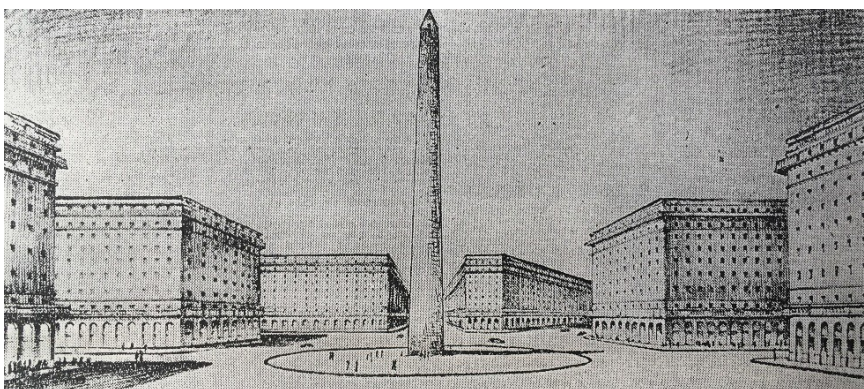
Veamos cómo lo formula Samuel Medrano, secretario de redacción de *Criterio* en los años en que Dell’Oro fue su director, en su conferencia en el ciclo radial: “¿Qué puede ser lo que nos ligue al ideal de los fundadores? Además del idioma que se conserva y de las pocas tradiciones familiares que se desvanecen y del culto del pasado que no en todos alienta con debido fervor, hay algo, sin embargo, que nos vincula al ideal vocacional de la vieja Buenos Aires [: el] cuño cristiano que trasciende el bien común de la ciudad porque este no es un fin último sino que está supeditado al supremo fin del hombre que es Dios. Mantener ese orden [...] es el más alto ministerio de la Ciudad, constituye la verdadera vocación de Buenos Aires, la razón de su existencia de Ciudad.”

Mantener ese orden: aquí volvemos al Obelisco. Dell’Oro Maíni fue quien tuvo la iniciativa de erigirlo –que De Vedia aceptó encantado– y de convocar para que lo proyecte y realice a su compañero de militancia, el arquitecto Alberto Prebisch, uno de los ejemplos más notables de aquella alianza entre vanguardismo y catolicismo. Prebisch había sido un publicista temprano de los manifiestos de la insurgencia artística europea en la revista de la vanguardia literaria *Martín Fierro* y había formado parte también de las revistas católicas *Criterio* y *Número*, y luego llegó a ser el autor de algunos de los edificios más elegantes de la vanguardia arquitectónica de Buenos Aires, como el cine Gran Rex, a dos cuerdas del Obelisco. Y hay que aclarar que esta vanguardia –entre todas las posibilidades de las expresiones vanguardistas en el contexto internacional de la época– es una *vanguardia del orden*. Así lo planteaba el mismo Prebisch en la revista *Martín Fierro* una década antes: “Cada hombre, cada época, tiende a obedecer esta apremiante necesidad de orden. Orden que resulta de un equilibrio armónico entre la vida interior y la vida exterior, el espíritu y la naturaleza, la idea y la forma, para usar de la expresión hegeliana. Cada época busca su equilibrio. [...] Nuestra época busca realizar ese acuerdo, ese equilibrio, busca un clasicismo, *su* clasicismo.”



Diagonal Norte y Avenida de Mayo: clasicismo modernista vs. eclecticismo, los modelos de orden contrapuestos para la vanguardia. Fotografías de Horacio Coppola publicadas en su álbum, *Buenos Aires 1936*, Buenos Aires, MCBA, 1936.

Su propuesta para el Obelisco incluía también todo el entorno de la plaza de la República, para el cual continuaba las líneas uniformes –clasicistas en su versión modernizante– de la Diagonal Norte, que esta vanguardia espiritualista veía como alternativa al desorden edilicio de la Avenida de Mayo, ejemplo de “baile de máscaras”, el paisaje urbano más denostado por su eclecticismo. Este nuevo entorno proponía un conjunto de fachadas continuas, lisas y blancas, con vanos regulares, como las fachadas coloniales, instaurando un paralelo entre el despojamiento vanguardista y la pobreza sencillista de la arquitectura colonial de Buenos Aires. En el centro, el Obelisco, que establece proporciones áureas en el círculo de la Plaza de la República, también blanco gracias a la cobertura de laja cordobesa (que en 1939 tuvo que ser retirada por continuos desmoronamientos y reemplazada por revoque común), conectando desde sus formas puras la ciudad moderna con la cultura universal y, sobre todo, con la historia colonial-nacional.



Propuesta de Alberto Prebisch para todo el entorno de la Plaza de la República sobre el modelo de la Diagonal Norte, publicada en diario *La Prensa*, 10 de marzo de 1936.

Por supuesto, los significados que sus creadores les buscan atribuir no quedan adheridos sin más a las obras de arte y arquitectura, ni siquiera a un monumento, especialmente si, como en este caso, su abstracción permite múltiples interpretaciones, o más aún, su remisión a una forma tan clásica, como la de los obeliscos, parece eximirlo de cualquier necesidad interpretativa: es simplemente lo que es, una señal, un hito, un mojón. Incluso se podría pensar que el éxito del Obelisco en llegar a ser el emblema indiscutido de Buenos Aires tuvo poco que ver con las aspiraciones espirituales de sus creadores y mucho más con la importancia estratégica del emplazamiento, ya que la calle Corrientes era, incluso en la década de 1920 durante el predominio barrial, un epicentro de la cultura popular, escenario de consagración del tango como espectáculo masivo (a la hora de diseñar el tipo porteño por excelencia, Scalabrini Ortiz no tuvo dudas en 1929 de situarlo en Corrientes y Esmeralda); esta función se incrementa con el ensanche de la década de 1930 y con todo su nuevo equipamiento urbano, que convierte a Corrientes en el receptáculo excluyente del ocio de las multitudes; y más aún, desde la década de 1960, cuando la progresiva instalación del centro intelectual (que se desplazaba desde su sede anterior, en los alrededores de Florida y Viamonte), con sus librerías y sus cafés, la consolidó como el espacio público más multicultural y plurisocial de la ciudad. El Obelisco asiste a y se resignifica con toda esa transformación de Corrientes durante el siglo XX. Pero también es importante conocer su programa original y las motivaciones de su concepción para darle mayor densidad histórica a su comprensión.

RECURSOS

A) sitios web para visitar y referencias mencionadas en el texto.

Junto con el álbum de fotografías de la ciudad en 1936, Horacio Coppola realizó un film, “Así nació el Obelisco”, que ha sido restaurado por la galería Jorge Mara (depositaria del archivo de Coppola) y puede verse en el canal de youtube de la Fundación Proa: <https://www.youtube.com/watch?v=DX20P3xgHV0>

En el sitio del gobierno de la ciudad hay una entrada sobre el Obelisco. Da información sobre algunos aspectos técnicos interesantes: metros de altura, cantidad de obreros que trabajaron, empresa constructora, etc. Pero tiene errores o reitera mitos, como uno muy habitual de sostener que el obelisco “reemplazó” al templo parroquial San Nicolás de Bari generando resistencia en la curia, cuando en realidad el templo debía ser demolido para el ensanchamiento de la calle Corrientes (y ahí fue el debate con la curia), y eso había sido decidido mucho antes de que se pensara en levantar un obelisco.

https://buenosaires.gob.ar/gcaba_historico/plaza-de-la-republica/historia-del-obelisco

La voz en Wikipedia tiene buena información y es interesante porque releva algunos de los debates que generó el Obelisco. https://es.wikipedia.org/wiki/Obelisco_de_Buenos_Aires

Hay otra voz en Wikipedia, sobre la avenida 9 de Julio, que involucra aspectos del Obelisco y es muy precisa históricamente sobre algunas obras de modernización de De Vedia y Mitre:

https://es.wikipedia.org/wiki/Avenida_9_de_Julio

Imágenes históricas del obelisco: <https://baenfoco.com/obelisco/>

Sobre Mariano de Vedia historiador, puede verse: Leandro Losada, “Republicanism and liberalism in Argentina. Mariano de Vedia and Mitre, lector of Nicolás Maquiavelo (1920-1950)”, revista *Ayer* 119 (3), 2020:

<https://www.revistamarcialpons.es/revistaayer/article/view/republicanismo-y-liberalismo-en-la-argentina-mariano-de-vedia-y/1012>

Sobre aspectos del gobierno municipal de De Vedia y Mitre, puede verse: Luciano de Privitellio, "¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE, 1932-1936", en revista *Entrepasados* N° 6, Buenos Aires, principios de 1994: <https://ahira.com.ar/ejemplares/entrepasados-no-6/>

La cita de Alberto Prebisch está tomada de *Martín Fierro* N° 5-6, 15 de mayo-15 de junio de 1924. Puede verse dentro de la colección completa de la revista en el sitio de AHIRA: <https://ahira.com.ar/revistas/martin-fierro/>

Sobre la obra de Alberto Prebisch, puede verse: <https://www.modernabuenosaires.org/arquitectos/alberto-prebisch>

Sobre el intento de articular vanguardismo y catolicismo pueden verse los siguientes trabajos de Laura Cabezas: "Primacía de lo espiritual. Arte e imágenes en la primera etapa de *Criterio*", *Orbis Tertius*, 23(28), 2018. <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTe090> o "Tras el rastro de una estética vanguardista católica en Argentina: cruces entre religión, literatura y arte", *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 27, 2023. <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/1283/1934>

Para ver la revista *Número*, que continuó los intentos de *Criterio* a comienzos de la década de 1930, puede vérsela en el sitio de AHIRA: <https://ahira.com.ar/revistas/numero/>

Sobre Atilio Dell'Oro Maíni y el mundo de la intelectualidad católica, puede verse: Fernando Devoto, "Atilio Dell'Oro Maíni: Los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 9, 2006. <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/867/785>

B) Textos citados o mencionados no presentes en internet:

Roberto Arlt escribe sobre las demoliciones de De Vedia y Mitre en varias aguafuertes de 1937: algunas de ellas han sido reproducidas en Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas. Buenos Aires, vida cotidiana* (introducción, selección y notas de Sylvia Saítta), Buenos Aires, Alianza, 1993, pp. 106-111.

MCBA, *Homenaje a Buenos Aires en el cuarto centenario de su fundación* (conferencias radiales de Ricardo Levene, María Elvira Mora y Araujo, Ignacio B. Anzoátegui, Luis Cané, Leónidas Barletta, Baldomero Fernández Moreno, Fryda Schultz, Enrique Corbellini, Enrique Loncán, Álvaro Melián Lafinur, Francisco Luis Bernárdez, Manuel Ugarte, José Gabriel, Samuel W. Medrano, Alfonsina Storni, Sigfrido A. Radaelli, Pablo Suero, Nicolás Coronado, Manuel Mujica Láinez, Sara Álvarez Valdez, Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Arturo Cancela, Ernesto Mario Barreda, con una precedidas por un discurso de Mariano de Vedia y Mitre), Buenos Aires, MCBA, 1936

Tulio Halperin Donghi, "1930-1960. Crónica de treinta años" (1961), en *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

Raúl Scalabrini Ortiz construye el tipo del porteño en la esquina de Corrientes y Esmeralda en *El hombre que está solo y espera*, libro publicado por primera vez en 1931 pero concebido en 1929. Hay múltiples ediciones; ver especialmente la edición crítica preparada por Alejandro Cattaruzza, Fernando Rodríguez y Sylvia Saítta para la editorial Biblos en 2007.

Todo el tema planteado en esta efeméride está más desarrollado en Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.